

Cuestión de educación

Es domingo. Son las dos del mediodía y ayer saliste de fiesta. Te acabas de despertar, te estiras, piensas en la noche anterior (si recuerdas algo) y te levantas a comer con tu familia. No tienes demasiado apetito, sin embargo, acabas saboreando esa típica paella dominguera de tu madre a la que tanto tiempo ha dedicado. Después, te acomodas en el sofá, enchufas la televisión y al rato te das cuenta de que ya son las cinco y cuarto de la tarde y a las seis has quedado con tus amigos. Te das una buena ducha, sales de casa, caminas en solitario, llegas al bar de siempre, te reúnes con tus amigos, pides un mosto y te sientas. Charloteas con ellos, sobre los cotilleos de la pasada noche e incluso sobre el partido que ha jugado esa mañana la Real. Al rato, te das cuenta de que te falta algo (en realidad no), lo piensas dos veces y lo acabas haciendo. Por un momento, abandonas la mirada de tu amigo de enfrente, dejas el vaso en la mesa y realizas un movimiento sutil con la mano introduciéndola en el bolsillo. Sí. El móvil, una vez más. Es la octava vez que cojo el móvil en todo el día, y eso teniendo en cuenta que son las seis y veinte de la tarde y me he levantado a las dos del mediodía. Una historia que se repite cada domingo.

No somos conscientes. No nos damos cuenta hasta qué punto somos seres humanos sociables y comunicativos con otros, ya que a veces nos dejamos llevar por un simple objeto electrónico que dispone de diferentes aplicaciones para saber lo que pasa o para observar fotos de amigos o personas desconocidas. ¿Llegará el momento de echar la vista atrás? ¿Volveremos a sentirnos personas abiertas y sociables? La respuesta no la sé, pero lo que tengo claro es que no se están dando los pasos idóneos. Lo que acaecía en otras épocas allá por la década de los 90, era una demostración de humanidad, donde las personas tenían un solo teléfono que servía para llamar y poco más, algunos ni lo usaban. Hoy en día, con el paso del tiempo han ido surgiendo diversos sistemas operativos con el objetivo de atraer a los clientes, pero el problema no es ese, el verdadero asunto es que rompe con la simpatía y el trato de las personas entre sí, e incluso con familiares de por medio.

La sociedad (me incluyo) debería replantearse en algún instante de su vida si la famosa frase de “a vivir que son dos días” (al igual que el título del programa de Javier del Pino en Cadena SER) termina convirtiéndose en uno para disfrutarlo alejado de la tecnología, ya que gran parte de su tiempo lo dedica al móvil y no a otras cosas que surtan un efecto más enriquecedor. En definitiva, no estamos hablando sobre la aparición de las tecnologías como obstáculo en nuestro tiempo, sino sobre una cuestión de educación.